

TRAS LA PANTALLA

GALERIA DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS



TOM MOORE

CUADERNO Nº 25

35 CTS.

EL PRÓXIMO CUADERNO

ESTARÁ DEDICADO A

Norma Talmadge

La bella actriz de las grandes y sublimes
creaciones : La mujer que hoy representa
la risa y mañana el dolor

EN PREPARACIÓN :

HARRY HOUDINI : ANTONIO MORENO
PAULINA FREDERICK : HENNY PORTEN

ESTRELLAS DEL LIENZO

PUBLICACIONES "COSMOS"

Magnífica colección de postales de artistas cinematográficos

SERIE A

FRANCESCA BERTINI : WALLACE REID : BILLIE BURKE : TOM MOORE : RUTH CLIFFORD

Precio: 20 céntimos cada una y 90 céntimos la serie

Los encargos de fuera Barcelona, los serviremos mediante un aumento de cinco céntimos por cada envío. Certificados, 55 céntimos

Depósito para la venta: BRUCH, 3 - BARCELONA

TRAS LA PANTALLA

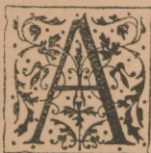
GALERIA DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS

TOM MOORE

POR

MARIO RUIZ DE ALCÁNTARA

**: EL GRAN SIMPÁTICO :
SONRISAS QUE MATAN :
CATARATA DE PREGUN-
: TAS :: PARA ELLAS ::**



CABAMOS de recibir una carta del director de estas publicaciones, con el amable encargo de que recopilamos los datos que tengamos, y los que él nos envía de sus archivos referentes a Tom Moore, para que figure el libro del brillante actor en la galería de artistas cinematográficos de TRAS LA PANTALLA.

Ni que decir tiene que agradecemos el encargo de manera muy cordial, y que nos disponemos a cumplirlo del mejor modo y con toda simpatía, tanto por la mucha que esta revista nos merece, cuanto por habernos cabido en suerte el ocuparnos del «gran simpático».

Declaramos en principio que este concepto o acepción de «gran simpático» aplicado a Tom Moore, no nos pertenece. Lo copiamos de la carta que nos dirigió no hace mucho una admiradora suya, preguntándonos un diluvio de cosas de su artista favorito.

Los que andamos metidos en estos trotes del periodismo cinematográfico, sabemos de la enorme curiosidad que despiertan las vidas y milagros de las primeras figuras del lienzo, y como muy especialmente son los actores jóvenes y guapos — Douglas Fair-

banks, Tulio Carminati, George Walhs, Alberto Colle, Tom Moore — los que más encienden la fiebre admirativa de las muchachitas que van al cine, enamoradas de sus ídolos respectivos, a los que adoran con pasión de novias, y cuyos retratos guardan en el misterio de las páginas de un libro, o libremente colocados en la pared de sus habitaciones, para irlos borrando poco a poco en fuerza de prodigarles los más ardientes besos de amor.

Entre los que están en este afortunado caso, Tom Moore ocupa uno de los primeros lugares.

Y no se crea que exageramos. Una autoridad tan reconocida y prestigiosa en la materia como «Ecran» ha dicho desde una de las principales revistas cinematográficas que se publican en Barcelona, esto que vamos a copiar y que es una confirmación anticipada de lo que nosotros decimos:

«Tom Moore, el popular actor de la Goldwyn, es uno de los favoritos de las mujeres. Todos los días, como un aluvión de patitas de mosca, llegan a nuestra Redacción infinidad de cartas femeninas, llenas de preguntas referentes a la vida íntima del simpático artista. Unas de ellas son cartas humildes, cuyo papel huele a tabaco. Se adivina que fueron escritas con un esfuerzo gigantesco, y pensamos en unas muchachitas que en cualquier comedor de casa modesta, con los dedos ennegrecidos por la aguja, sujetan la pluma como si se les fuese a escapar, y en el rigor del invierno sudan la gota gorda para poder hilvanar aquellas cuatro preguntas.

Otras cartas aparecen escritas sobre cartulinas con cantos dorados o sobre esos pliegos de papel duro, que en los bordes fingen un abandono rebuscado.

Las manos de hadas que han escrito sobre el papel aquellas líneas seguras, de caracteres alargados, nos dicen de los deseos contenidos entre las cuatro paredes de un colegio mongil, de las labores primorosas, de los lamentables bailes modernos interpretados al piano...

En el fondo unas y otras son idénticas. Todas son de románticas muchachitas, que, una vez, en la obscuridad de un cine popular, o entre los gemidos de los violines de un cine elegante, han soñado con tener por novio uno de esos arrogantes actores de la pantalla.»

Por nuestra parte respondemos de que de Tom Moore es de uno de los que más cosas caprichosas se nos han preguntado, poniéndonos a veces en un verdadero aprieto para dar cumplida satisfacción a las preguntas más inverosímiles, muy ingenuas, muy cordiales, demostrativas de un decidido interés por el artista, pero que no por eso dejan de ser inverosímiles y en muchas ocasiones, ¡oh lindas e insaciables preguntonas!, incontestables.

¿Dónde nació?

¿Cuántos años tiene?

¿De qué color usa los calcetines?

¿Sabe usted si tiene novia y cómo se llama?

¿Está soltero y piensa casarse?

¿Le gusta el chocolate con bizcochos?

¿Prefiere a las mujeres rubias, a las morenas, o a las de cabello castaño?

¿Es cierto que usa para las narices unos diminutos pañuelos de seda, bordados con sus iniciales por las manos pálidas y ducales de una novia ignorada y platónica?

Queremos en este libro decir todo lo que sabemos de este artista para satisfacción de sus admiradoras y admiradores — que de ambos sexos los tiene y muchos — y empezamos por reconocer que por encima de todos los méritos de que hace gala como artista, con todo y ser cuantiosos, la principal fuerza de atracción, la base de su popularidad y de su fama, está más que en nada en el poder sugestivo de su sonrisa peremne.

Una sonrisa expresiva y contagiosa que no es la sonrisa fuerte y franca de Douglas Fairbanks, ni la sonrisa optimista de George Walhs, ni la sonrisa punzante y picaresca de Max Linder, ni la sonrisa zumbona de Charlot; pero que es la sonrisa peculiar, característica, de que hacen gala, como de un patrimonio exclusivo, los irlandeses.

— Es una sonrisa que mata — nos dijo en cierta ocasión una rubia sentimental, amiga nuestra. — Y nosotros, que sabemos toda la efusión que puso en el elogio cálido la preciosa rubita, repetimos su opinión que es la de tantas otras rubias y morenas, la de tantísimas otras.

Es una sonrisa que mata... a las mujeres, o que por lo menos las deja heridas de mucha gravedad en el fondo del corazón.

Pero ahora sentimos darles una mala noticia a las que no la sepan. Es una noticia que va a llevar la desilusión al ánimo de muchas lectoras y a desbaratar el encanto soñador de muchas quimeras.

Tom Moore está casado.

Tom Moore tiene una preciosa hija de cuatro años.

Tom Moore se divorció.

Tom Moore se ha vuelto a casar.

Y de todo esto, como de lo demás que hemos de decir de su vida, de sus aficiones y de su arte, iremos formando nuevos capítulos.



EL DIA QUE NACIÓ TOM**MOORE :: SUS PADRES ::****:: :: :: SU INFANCIA :: ::****TOM QUIERE SER ACTOR**

Los americanos del Norte, hombres sobrios en la expresión, dominados por el sentido práctico de las cosas, y atentos siempre a lo positivo, dentro de la realidad, son a lo mejor—y véase la muestra—ditirámicos, hiperbólicos y pintorescos como un andaluz de los barrios castizos de Sevilla.

En los comienzos de una biografía de Tom Moore que publicó no hace mucho un celebrado periódico de Yanquilandia, tuvimos ocasión de leer:

«El día que nació Tom Moore, el sol brillaba con más fuerza, los pájaros cantaban con nuevas y extrañas armonías, llenando el aire con sus gorjeos triunfales, y el mundo todo estaba más risueño.»

La cosa tiene gracia y sus ribetes de cursi. Por nuestra vida—ya somos un poco viejos—pasó la fecha del nacimiento de este notable artista sin que notásemos nada extraordinario. Hasta es posible que el sol brillase como todos los días que quiere brillar, o que estuviese empañado por las nubes, que los pájaros cantasen como siempre o que los ruiseñores se hubiesen puesto afónicos, y que el mundo no notase ninguna sacudida extraordinaria y siguiera inmutable en su carrera la marcha de los acontecimientos.

Otras celebridades más grandes han nacido y han muerto, y no se han estremecido las montañas ni han parado su curso las aguas de los ríos.

Lo positivo es que Tom Moore vió la luz en County Meath, una ciudad de la inquieta Irlanda, el día 11 de julio del año 1891, y que por una consecuencia irremediable de los números, está ahora para cumplir treinta años. Una bonita edad. Por lo demás y antes de empezar a destacarse en sus aficiones teatrales, los primeros años de este actor famoso fueron los mismos años de aplastante monotonía de todos los hijos de padres medianamente acomodados, que tienen sus prejuicios contra el teatro, su rigidez moral infiltrada por un pernicioso ancestralismo, y sus cabilaciones y sus apuros en la lucha difícil por el pan nuestro de cada día, cuando no cae por la chimenea y hay que ganarlo con el sudor de la frente.

Tom es el segundo de los cuatro hijos, todos varones, que dieron al mundo sus padres. Los otros se llaman Owen, Mats y Joe, y todos, como él, son artistas de cine, habiéndolo sido en sus primeros tiempos del teatro, pero sin que ninguno haya llegado a la categoría de «estrella rutilante» a que Tom ha llegado por la pujanza de su arte personalísimo.



Tom Moore

Caricatura de Fumil

Diremos como curiosidad que de los tres hermanos de Tom, solo uno, Mats, se conserva soltero. Que Owen fué el primer esposo de Mary Pickford, casada ahora con Douglas Fairbanks, a los que está dando grandes disgustos con pleitos y más pleitos tras la demanda de anulación del divorcio y que el otro, Joe, es esposo de la intrépida y celebrada protagonista de series sensacionales, Grace Cunard, Lucile.

Una vez dicho esto, volveremos a coger el hilo de la narración y nos retrotraeremos a los años infantiles del artista.

Los padres de Tom vivían una vida de negocios pequeños que tenía frecuentes alternativas entre las situaciones desahogadas y las de alarmante estrechez. Jamás fueron ricos del todo ni del todo pobres.

Así fueron transcurriendo hasta los siete años de Tom, siendo, desde que fué puesto a estudiar las primeras letras, el tormento de los maestros por sus diabluras y rebeldías, y el discípulo perturbador de los demás chicos de la escuela.

Cuando Tom cumplió los siete años acababa de nacer el último de sus hermanos y la cosa iba empeorando en el hogar porque el aumento de familia traía nuevas y cada vez mayores complicaciones económicas.

Había que resolver algo definitivo, ganar más, hacer dinero, y la tierra de los dólares, de los rascacielos y de los negocios fantásticos, se ofrecía a las aspiraciones del padre como la única solución.

Se contaron las últimas monedas, se vendieron los muebles, se vendieron con los muebles las modestas alhajas conservadas a través de todos los apuros, y un día, con ruidosa algazara los hijos que iban a emprender un largo viaje y con lágrimas en los ojos y ansiedad en el pecho los padres que se lanzaban, impelidos por la necesidad a una aventura peligrosa, partieron al atardecer, entre las sombras del crepúsculo, a la hora triste llena de poesía y de misterio, camino de Nueva York.

Entre Nueva York y Chicago pasaron algunos años y hasta lograron hacer alguna fortuna. Estos países donde el oro corre son más propicios al que trabaja que al que sueña.

Y los padres de Tom trabajaron mucho, mucho, con esa fiebre de noble ansiedad que ponen en el trabajo los que trabajan con las miras y el esfuerzo puestos en el porvenir de los hijos.

Luego marcharon a Toledo, la vieja ciudad del Estado de Ohio, y aquí comenzaron las diabluras de Tom y se inició la vocación artística que después de los primeros disgustos había de elevarlo a las cumbres de la fortuna, de la fama y de la popularidad.

Nada universaliza un prestigio tan pronto como el lienzo de los cines, ni hay primera figura de ningún arte ni ciencia que gane el oro tan a montones como lo ganan, desde unos años a esta parte, las primeras figuras de la pantalla.

Los estudios no eran el fuerte de Tom. Esto no quiere decir que

se tratase de un muchacho desaprovechado ni de cabeza tan cerrada que las letras no entrasen en ella. Todo por el contrario, bastábanle unas horas para recoger el fruto de enseñanza que otros más cumplidos y formales no lograban alcanzar en semanas enteras. La única verdad es que la aridez de los libros y el rigorismo del colegio le exasperaban los nervios y que se sentía más atraído por el espejuelo de las candilejas y la vida luminosa del teatro, que por el afán de acabar con aprovechamiento la carrera de médico, que preferían sus padres, y pasarse la vida en la cabecera de los enfermos, extendiendo recetas inútiles contra el poder invencible de la muerte.

Hasta tal punto lo arrastraba su afición desmedida, que más de una vez convirtió las aulas en escenario y recitaba frente a los compañeros trozos aprendidos de memoria de las obras que había visto, tratando de copiar la expresión, los ademanes y los gestos de los actores en boga por entonces.

Esto acabó con lo que tenía que acabar. Con la expulsión del colegio y una bronca familiar de las que encienden el pelo.

Los padres de Tom, severamente, le hicieron comparecer ante su presencia y fulminaron la pregunta definitiva:

— ¿Qué es lo que te propones?

Tom estaba bien decidido. Las resoluciones firmes echan raíces en los temperamentos forjados al temple de una gran voluntad. Sin vacilar siquiera, aunque no ignoraba la que se le venía encima, respondió con voz segura y desconcertante:

— Me propongo ser actor...

Luego, ante la estupefacción temerosa de su madre y el gesto duro y amenazador del padre, añadió con ese convencimiento de los que al emprender un camino ven al final rutilar la gloria con esplendores de apoteosis triunfales:

— Me propongo ser actor, y lo seré.

Y lo fué efectivamente. Las vocaciones, cuando se sienten de verdad y responden a una voz interior que arrastra a los elegidos, no engañan nunca.

**EL PRINCIPIO DE UNA
CARRERA :: PARTIQUINO
GALAN JOVEN :: ACTOR
: : : : : DE CINE : : : : :**

Tom Moore salió de su casa resuelto a demostrar que sus empeños no eran vanos y que el hombre que quiere, si quiere de veras, lo puede todo.

Llevaba las mejillas húmedas de las lágrimas de su madre y de sus propias lágrimas, por el dolor de la despedida.

El padre no quiso despedirlo. Hombre severo y rectilíneo había dicho la última palabra.

— Si te haces «del teatro» habrás dejado de ser hijo mío.

Los hermanos no lo despidieron tampoco.

Todo esto no fué óbice para que después del triunfo la madre haya vuelto a llorar lágrimas que ya no eran de dolor como antes, sino de alegría, de esa alegría tan profunda, tan tierna que sienten las madres, por las alegrías de los hijos. Ni para que la irreductibilidad hostil del padre se haya trocado en orgullo, ni menos para que Tom, bueno, generoso, tan sano de alma como de cuerpo, se haya olvidado de que los hermanos veían mal que se hiciese artista, considerándolo como una vergüenza para la familia — como si el teatro y el cine no albergasen en su seno la grandiosidad de las más altas sublimidades y como si no pudieran ostentar consagrados a ellos, los nombres de artistas de la más rancia nobleza — y haya ido al amparo de su prestigio colocando poco a poco a Owen, a Mats y a Joe que tal vez sin la ventaja de esta influencia serían modestos oficinistas, o buenos industriales, perfectamente desconocidos.

Una vez decidido a ser actor, no fué Tom Moore de los que encontraron mayores dificultades. Su calvario no ha sido tan penoso ni tan largo como el de otros, como el de casi todos.

No llegó a ser calvario. Apenas una cuesta leve y suave, en la que le ayudaron mucho para llegar pronto al fin, su poderoso talento, — el talento verdad de los jóvenes que han sido desaplicados en apariencia, que jamás figuraron con el número uno en la clase, que nunca llevaron a casa premios alcanzados en la pámplina de los exámenes — su carácter llano y franco, quizás un poco rudo, pero muy cordial, sus maneras distinguidas, la elegancia nativa de su porte, y más que nada el optimismo alentador que da la seguridad en el éxito.

Cuatro meses después de la penosa salida de su casa, ya había conseguido entrar de partiquino en una mediana compañía que interpretaba dramas y comedias.

De esta compañía pasó a otra más importante y con ella recorrió los Estados de la América del Norte en largas y frecuentes tournées.

Por de pronto no pasó de ser un partiquino.

Esto no le descorazonaba porque sabía que la ocasión tenía que llegar y la ocasión llegó con motivo de haberse puesto enfermo el galán joven la noche que se anunciaba una representación de beneficio.

Tom Moore se brindó a sustituirle.

El director dudó al principio, pero el gesto seguro del muchacho acabó por convencerlo.

Tom hizo brillantemente el papel y salvó a todos de un compromiso de los gordos.

Desde el primer momento empezó el público a rendirse a la des-



Uno de los últimos retratos de TOM MOORE

© 1914 BY THE NEW YORK PUBLIC LIBRARY



TOM MOORE en « En busca de la fortuna »



TOM MOORE en « Su Majestad la juventud »



TOM MOORE en «El lord alegre»

«El lord alegre» de Tom Moore

envuelta elegancia del nuevo actor, a la atracción sugestiva de su sonrisa, llena de simpatía y de jovialidad, a la naturalidad de su modo de decir, y a la verdad honrada de su arte sin rebuscamientos.

Un mutis y una ovación. Otro mutis y otra ovación. Y así toda la noche hasta que al caer el telón la ovación fué clamorosa, delirante, una de esas ovaciones que consagran un nombre para siempre y que sacan a un artista de la mediocre obscuridad de «uno de tantos» para elevarlo como por ensalmo a las cimas de la fama y brindarle los contratos con las condiciones en blanco y el dinero a manos llenas.

Esta noche a que nos referimos, tenía Tom diez y ocho años y quedó consagrado como el mejor galán joven, como el galán joven preferido por todos los públicos de Norte-América.

Con la misma compañía que le brindó la ocasión propicia de revelarse, continuó algunos años más de triunfo en triunfo, hasta que una circunstancia — aquí se repite el caso de muchos artistas cinematográficos de Norteamérica — lo arrancó del teatro ofreciéndole la entrada en la cinematografía, en condiciones que son como para cerrar los ojos y estar diciendo que «sí» veinte meses seguidos, y hasta cuarenta meses si hace falta.

Era el año 1913. Tom representaba una fina comedia de costumbres en uno de los principales teatros de Chicago, encontrándose entre el público el director de la Kalem.

Hasta el cuarto del galán joven llegó una tarjeta con el ruego lacónico de una entrevista.

La entrevista se celebró en cuanto la función fué acabada y cuando aún sonaba en la sala el eco de las ovaciones de entusiasmo tributadas al artista que sonríe siempre.

— ¿Querría usted dejar el teatro y trabajar para el cinematógrafo? En el cinematógrafo está el verdadero porvenir. El cinematógrafo necesita de grandes figuras...

— Mañana contestaré a usted.

Al día siguiente la contestación de Tom fué afirmativa. En verdad que el cine le ofrecía nuevas ocasiones de desenvolver su arte en campos de mayor amplitud y que la cifra de sueldos era tentadora, hasta para él que ya estaba acostumbrado a ganar mucho.

Y aumentando sus laureles y con los laureles las cifras de estipendios trabajó con la citada marca Kalem, con la Select, con la Lubin, con algunas más que no recordamos y por último con la Goldwyn a que pertenece en la actualidad, ganando más que diez ministros juntos y habiéndose consolidado como un actor inimitable en esos papeles que nos parecen sencillos y que tienen sin embargo la complicada dificultad de esconder el éxito en abismos infranqueables para todo el que no sea un artista de cuerpo entero y sepa poner en la nimiedad de las escenas de aparente frivolidad

esa naturalidad que posee Tom Moore, esa simpatía atrayente que irradia Tom Moore y esa fuerza dominadora sin rebuscamientos ni efectismos, de la que hace gala en cada película el glorioso actor que nació en Irlanda.

Somos poco partidarios de la reseña minuciosa de todas las cintas en que uno u otro actor han tomado parte, porque preferimos juzgar su obra en conjunto y dar a estos libros antes que un árido carácter estadístico, un ameno carácter anecdótico.

Estamos además en la creencia de que nuestros lectores agradecerán el propósito, porque de otra parte si empezamos a dar títulos de películas no haremos más que repetir lo que todos saben o recuerdan; pero como la obligación tiene sus exigencias—siempre penosas como impuestas por la obligación—y es casi obligado decir en que producciones se destaca más la labor de cada artista, vamos a decir si no en las que está mejor Tom Moore, porque de esto cada cual tiene su opinión formada según sus gustos y preferencias, al menos en las que a nosotros nos gusta más y nos parece su trabajo de notas más brillantes.

Y estas películas — dejando a un lado la serie *Veinte mil leguas de viaje submarino* por su carácter especial — son *Amor bohemio*, con notas de un plácido sentimentalismo, *La herencia misteriosa* muy ocurrente y movida; *Cien duros al mes*, graciosísima con sus chispeantes situaciones; *En busca de la fortuna*, un prodigio de interpretación; *El piso de abajo*, en la que como en todas el mérito del protagonista destaca con trazos de un firme relieve; *Juegos peligrosos*, con mucha y sostenida intención; *Officer 666*, su gran éxito y tantas otras en las que como en éstas y en todas las suyas se nos presenta Tom Moore el actor dominador, fácil y sugestivo que sabe hacer de los motivos más aparentemente nimios de las comedias sin trascendencia, verdaderas joyas de imponderable deleite.

CARACTERÍSTICAS DE
SU ARTE :: TOM CENSOR
Y DIRECTOR DE SUS
PROPIAS OBRAS :: UN
:: HOMBRE DE GENIO ::

En arte, lo esencial es destacarse por una característica determinada — decía no sabemos quien, pero sabemos que estaba en lo cierto. — Tener una personalidad propia que no se parezca a ninguna otra. Crearse un estilo o modo de sentir y de expresar que, diferenciándose de todo lo demás, atraiga sobre sí la atención y el estudio en que han de cimentarse las consagraciones definitivas.

No cabe dudar que el músico, el pintor, el actor, el poeta, que aun estando reputados de buenos, no han adquirido ni impuesto un sello de personalidad a su labor, y se desenvuelven en un círculo de imitaciones, no pasarán de discretos ejecutantes ni sus obras nos producirán otra sensación que la de recordarnos el nombre y el modo de hacer de aquel en quien están inspiradas.

La imitación que es tanto como falta de temperamento, representa en arte la negación de esa escondida espiritualidad que se precisa para sentir hondamente y ejecutar por gloriosos impulsos.

Tom Moore es un artista original de características bien pronunciadas e inconfundibles.

Lo vemos en la pantalla y su arte no nos recuerda ningún otro. Es suyo y solo suyo. Y desde el primer momento nos vence por su rara naturalidad y desde el primer momento también nos cautiva adueñándose de nuestra atención esclava de sus ademanes.

El arte de Tom Moore es un arte nativo, consubstancial con su esencia, un arte impulsivo que no obedece a escuelas ni a preceptos y en el que se destaca principalmente la ductibilidad de expresión, fácil al dominio de los motivos que se nos antojan de una superficial calidad psicológica y que tienen no obstante la difícil manifestación de diversos estados de ánimo y de momento. Además de todo esto en Tom Moore, de quien mucha gente y las mujeres sobre todo, no saben apreciar más que el poder atrayente de su sonrisa, hay que estimar la compenetración espiritual del papel que representa. Un muchacho tímido, que se asusta en el torbellino de la gran urbe, metido entre automóviles y danzar de gentes y tranvías, recién llegado del pueblo, un estudiante descreído y enamorado que gasta en juergas y casinos la pensión de los padres, un novio de apariencia bobalicona que frente a la novia se encorta y no sabe que hacer sino dar vueltas al sombrero cogido con las dos manos, mientras sonríe con un poco de estupidez y la mira con ojos lánguidos de cariño...

Sobre todas las cosas, Tom Moore no es un artista de estudio que piensa y analiza frente al espejo el gesto con que ha de subrayar el efecto de esta o la otra situación escénica. Es un artista de alma, que fundiendo la suya en la del personaje que ha de representarnos, hace lo que hace sin previo propósito, pero haciendo siempre lo que haría el muñeco que representa.

Y esto que determina un nuevo valor artístico en las películas en que toma parte se junta con el otro valor positivo de la propiedad absoluta, prestando a su trabajo frente al objetivo, como antes a su labor en los escenarios, el prestigio de la desenvoltura y su gestión con que nos admira.

Esto de la naturalidad del instante creador no puede dar a entender sin embargo, que Tom Moore no sea un escrupuloso de sus creaciones.

Tom Moore no estudia antes el tipo para fingirlo con afectación, pero estudia después de haberlo creado el resultado de sus creaciones.

Ninguno tan intransigente como él en estas cuestiones de apreciación «a posteriori». Como Charlot, se hace pasar los negativos después de impresionadas las escenas y como el gran príncipe de la risa sólo da por buenos y consiente que se aprovechen unos veinte metros por cada cien impresionados.

¿Qué esto cuesta caro a las casas productoras? ¡Que cueste caro! Nada importan unas monedas frente a la verdad y la pureza que el arte exigen.

Sonriendo, sonriendo siempre, él en oficios de director, está sobre todos los detalles de sus obras y no pasa por ninguno que no sea de su agrado.

Modifica los argumentos, mueve los personajes, los hace entrar y salir a la medida de su concepto de las situaciones y elige los interiores y los fondos. En las películas en que Tom Moore toma parte nadie más que él es la verdadera autoridad.

— A ver, esto no está bien, hagámoslo de nuevo.

— Ese paraguas no es a propósito, debe ser de tela más gruesa o estar peor plegado.

— Le cae a usted tan lamentablemente el frac que va a ser necesario suspender el cuadro hasta mañana, que traerá otro que no sea de guardarropía.

— Ese gesto de indiferencia en el que ha puesto toda la intención de parecer indiferente, no es gesto de indiferencia ni es nada. Lo mismo puede decir que su novio le tiene sin cuidado que que le ha sentado mal la comida y siente náuseas en el estómago.

Todo esto sin inmutarse, sin acaloramientos, sin gritos, con voz suave y persuasiva que jamás ha roto los lazos de amistad y de cariño con sus compañeros y siempre con la peculiar afectuosidad de su sonrisa entre los labios.

Sólo una vez dejó de sonreír y se puso serio, muy serio. Fué con ocasión de pasarse en última prueba, para dar completa al positivo, una película suya, nos parece que de la marca Selig, cuando aun andaba en los comienzos de su carrera cinematográfica.

La cinta era de cuatro partes y tenía unos mil quinientos metros. Había costado muchos dólares.

— Esto no me gusta, no ha quedado bien, no puede ofrecerse al mercado. Nos hemos equivocado desde el principio hasta el fin y hay que inutilizarlo todo y empezar de nuevo.

Los directores — el dinero siempre es el dinero — trataban de llegar a un acuerdo con algunas concesiones de modificación.

— De ninguna manera — insistía Tom; — hay que empezar otra vez.



Tom Moore en Cien duros al mes

Dibujo de Moner

Se pasó pronto de la discusión amistosa a la violencia autoritaria por parte de los amos de los cuartos y de la película.

— Pues no rehacemos nada. Usted ha terminado su trabajo y ha cobrado su nómina, lo demás es cuenta nuestra.

Tom Moore dió un puñetazo sobre la mesa.

— Pues no se pasará la cinta, aunque yo haya de pagar la reimpresión. Mi nombre no se pone en entredicho por el egoísmo de nadie.

Como una flecha se dirigió a los laboratorios, cogió los rollos, fué con ellos a uno de los jardines de la manufactura y allí, ante los ojos atónitos de los que lo habían seguido en espera de ver lo que iba a hacer les prendió fuego con una cerilla. La película ardió en una fogata explosiva, dejando un fuerte y molesto olor a celuloide quemado.

Los directores pusieron el grito en el cielo, pero no pasaron de gritar.

Tom los contemplaba inmutable.

— Ya he dicho que pagaré la reimpresión.

Y la cinta se hizo de nuevo y alcanzó uno de los éxitos más ruidosos y lisonjeros con las dos efectividades de gloria y de pasetas, y no sólo no consintieron a Tom Moore que pagase nada, sino que por el contrario, le brindaron un regalo de cincuenta mil dólares. Lo que se dice una bicoca.

Este ha sido el único gesto violento en la vida plácida y sonriente del artista favorito, que gusta del encanto de las amabilidades, que no sabe de los sports rudos, que sólo monta a caballo llevándolo a un paso lento y cómodo, que apenas juega al golf porque los deberes de la alta sociedad lo imponen, y que prefiere sobre todas las cosas el deleite de una conversación amena y de un libro y de un cuadro y de un rato de música, porque sabe que si vale mucho en la vida el cultivo de la fuerza y el desarrollo de los músculos, no valen menos, para un temperamento como el suyo, de exquisitas delicadezas, las íntimas satisfacciones que se le procuran al alma.

Y aquel muchacho travieso que desesperaba a los maestros de la escuela, que revolucionaba a sus compañeros, que quería ser y fué artista, aquel muchacho al que no se podía sacar punta, es hoy al mismo tiempo que el actor famoso de los grandes triunfos, el hombre culto de atrayente trato y sólida cultura que sabe como ninguno emplear el tiempo y su dinero en cosas gratas de deleite espiritual.



**FANTASÍAS :: UN EPISO-
DIO SENTIMENTAL QUE
ACABA EN BODA :: EL
DIVORCIO Y LIBRE OTRA
VEZ :: LA HIJA PARA LA
: : : : : MADRE : : : : :**

A propósito de la boda de Tom Moore se ha fantaseado mucho. Nosotros hemos oído decir y hemos leído las más caprichosas ocurrencias.

Que los novios se conocieron en una gira campestre y que el amor nació al sujetar ella una venda en una herida que él se había hecho en un dedo y besar antes con pasión frenética la sangre del amado.

Que fué en principio un idilio por correspondencia del que brotó una cita y de la cita la declaración pasional.

Que Tom enamorado del arte de ella y ella enamorada del arte de él, trataron de la boda con ese sentido práctico de alta utilidad que distingue a los americanos, para formar con el matrimonio una compañía y una manufactura de películas al amparo de los dos prestigios fusionados.

Nada de esto es cierto. Lo cierto es que Tom Moore y Alice Joyce se casaron cordialmente enamorados el uno del otro y que la boda fué la consecuencia de un accidente con ribetes de heroico que acabó con los dulces tonos de un episodio sentimental.

Alice salía a caballo — es uno de sus caprichos — de trabajar en la Vitagraph, y Tom, que ya admiraba la belleza de la estrella y con la que se había encontrado diferentes veces, observó desde su auto que gesticulaba, descompuesto el semblante por el susto al tiempo que el animal se precipitaba desbocado en una frenética carrera, en el laberinto de la gran urbe.

Saltó del coche y, tirándose, heroico, al cuello del caballo, salvó a la gentil amazona.

Luego la hizo subir a su auto y la condujo a su casa — entiéndase la de ella — despidiéndose los dos «hasta mañana».

Desde aquel día todos los demás Alice y Tom, acabada la faena, a esa hora del atardecer tan propicia a los enamorados, se encontraban y daban juntos un paseo por las afueras de la ciudad, lejos del bullicio y de las gentes, para poderse decir al oído todas las ternezas de sus corazones jóvenes henchidos de esperanzas.

Poco después estaban casados. La vida del matrimonio ya fué otra cosa porque en ella no eran todo ternezas ni en él todo besos de amor.

Los celos empezaron a tener la culpa de la separación espiritual que acabó con el divorcio cuando los esposos tenían una hija que había cumplido cuatro años y que decretaron los tribunales que quedase en poder de la madre.

Tom quedó solo. Solo y triste. Pero como en este mundo el que no se consuela es porque no quiere, trató de consolarse y parece que lo consiguió

— ¿Cómo?

— Véase.

NUEVO CASAMIENTO DE

..... TOM

«Recientemente han contraído matrimonio el celebrado actor Tom Moore, una de las más populares estrellas cinematográficas de América del Norte, y Renée Adorce, preciosa artista que antes de trabajar para el cine se había hecho célebre como tiple de opereta.»

Esta es la noticia que no hace mucho nos trajo la Prensa de aquellas tierras.

Tom Moore y miss Adorce se encontraron juntos por primera vez en los estudios de la Goldwyn con ocasión de filmar ambos la película *Hecho en el cielo*.

El título de la cinta es algo simbólico, ¿verdad?

Además de *Hecho en el cielo* este segundo matrimonio de Tom ofrece otra particularidad. El es irlandés, la madre de Renée Adorce española, el padre francés, ella inglesa... de manera que resulta un matrimonio internacional.

Y he aquí como en la actualidad el hombre de la dulce sonrisa se encuentra actualmente feliz y encantado de la vida, en Honolulu, de las Islas de Haití, en el Pacífico, saboreando los fulgores de la segunda luna de miel.

MARIO RUIZ DE ALCÁNTARA



TRAS LA PANTALLA

GALERIA DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Bruch, 3 - BARCELONA

Se publica los sábados

Estos cuadernos se servirán a domicilio, mediante los siguientes

ABONOS

Abono anual,	España y Portugal:	18	ptas.	- Extranjero:	25	ptas.
• semestral	•	9	•	•	12'50	•
• trimestral	•	4'50	•	•	6,25	•

Pago adelantado, por Giro Postal o valores de fácil cobro

NUESTRO BUZÓN

Ocho admiradores de «Tras la Pantalla». — Manresa. — Les agradecemos mucho sus elogios y tomamos nota de sus observaciones. Como habrán visto, ya hemos publicado varios números de los artistas que les interesan.

Odette. — Barcelona. — La dirección de Eduardo Mathé es: Hotel International, Rue Rossini, Nice (France). La de Hermann: Etablissements Gaumont, Paris.

M. V. — Barcelona. — No lo sabemos. Dirijase a la casa Cinematográfica Verdaguier, Rambla Cataluña, 43, de esta ciudad, donde es posible que se lo indiquen.

Douglas II. — Madrid. — La dirección de Dorothy Dalton es: Beverly Hills, California; la de Juanita Hansen, Universal City, California, y la de Ruth Roland: 910 So. Manhattan Place L. A., New York. Complacido.

S. Roca. — Valencia. — Para obtener los números que pide entiéndase V. con nuestro representante en esa D. Vicente Pastor, Nave, 15.

El Desconocido. — Madrid. — Muchas gracias por sus piropos para nuestra publicación, pero pregunta V. demasiado. En fin, veremos si nos es posible complacerle. La dirección de la Universal es la siguiente: Universal Manufacturing C.^o, 1600 Broadway, New York; la de la Vitagraph, es: Vitagraph C.^o of America, East 15 th. Street and Locust Ave. Brooklyn, New York. La de Charles Ray: Lasky Studio, Hollywood, California; la de Gustavo Serena: Ediz. Libertas Roma; la de Pina Menichelli, Rinascimento Film, Roma; la de Max Linder: Robertson Cole Productions, New York City, y la de Margarita Clark, la misma de Ray.

M. E. — Barcelona. — Elena Holmes es la protagonista de la película a que V. se refiere.

Benigna y Magdalena. — Logroño. — La dirección de Antonio Moreno es: Athletic Club, Los Angeles, California; la de Grace Cunard no la sabemos, porque en la actualidad permanece alejada de la pantalla.



TRAS LA PANTALLA

GALERÍA DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS

SE VENDE EN TODA ESPAÑA, BALEARES,
PORTUGAL Y AFRICA (Posesiones españolas)

Cuadernos publicados

De venta en esta Administración y en
casa de nuestros Agentes exclusivos

- | | | | |
|-----|----|-------------------------|-------------------------|
| N.º | 1 | Francesca Bertini | 3. ^a ed. |
| » | 2 | Ch. Chaplin (Charlot) | 3. ^a » |
| » | 3 | Douglas Fairbanks | |
| » | 4 | Mary Pickford | |
| » | 5 | Charles Ray | |
| » | 6 | William Duncan | 2. ^a edición |
| » | 7 | Pearl White | 2. ^a » |
| » | 8 | Gustavo Serena | |
| » | 9 | Pina Menichelli | |
| » | 10 | Max Linder | |
| » | 11 | Margarita Clark | |
| » | 12 | Eddie Polo | |
| » | 13 | Maria Walcamp | |
| » | 14 | Wallace Reid | |
| » | 15 | René Cresté | |
| » | 16 | Hesperia | |
| » | 17 | Roscoe Arbuckle (Fatty) | |
| » | 18 | Mabel Normand | |
| » | 19 | William S. Hart | |
| » | 20 | Juanita Hansen | |
| » | 21 | Sessue Hayakawa | |
| » | 22 | Dorothy Dalton | |
| » | 23 | George Walsh | |
| » | 24 | Susana Grandais | |